

¿Quiénes somos?



Martin Heidegger en 1920. (Fotografía: Apic/Getty Images)

Jaime Augusto Shelley

EL LARGO DESPEREZARSE EN LA MAÑANA, después de una fructífera y prolongada noche de amor, con los acordes aún vibrantes de la música, la última línea del texto leído antes de cerrar los ojos, el oportuno en reminiscencia, como un requejo, del paladar a la tráquea, mientras se da la primera bocanada del cigarrillo y se siente el aroma del café llenando el espacio contiguo.

Así, se retoma casi con dulzura la frase (palabra-guía, la número tres, como la expone Heidegger, citando a Hölderlin, en su maravilloso ensayo sobre la esencia de la poesía): “desde que somos un diálogo...”¹

Para, desde ahí, levantarse y escuchar las voces del momento, elusivas unas, contestatarias otras, sin entramado alguno que ofrezca razonamiento. Voces desde el púlpito de la autoridad, o supuesta autoridad, o desde remotas y al parecer ajenas entrañas de una región convulsa de eso que llamamos país o mundo, a todas luces iguales, aunque se expresen en idiomas distintos.

¿Cuándo sucedió que dejamos de ser *diálogo*?

Todo se ha tornado caldero hirviente rebosante de magma, el fondo de un volcán cuya esencia, por demás perturbadora, es la atroz incertidumbre: ¿va a estallar?, ¿en qué dirección? ¿Qué tanto nos queda de tiempo?

O eso desean hacernos creer. ¿Otra conspiración?

Cuando niños, sin saberlo siquiera, ya somos voz, quizá de otro, adentrada en la conciencia de la ordenanza: esto sí, esto no. Tomados de una mano invisible recorreremos el camino del aprendizaje elemental que la necesidad nos impone, como una parte del *otro* que nos rige.

El principio del hallazgo del *yo* es inescrutable e incierto en su representación externa. ¿Cuánto de ese *yo* es ficticio, armado con elementos adquiridos y ordenados para crear el primer disfraz, la imagen, la mera máscara de identidad que nos permita ser diferenciados? Y asimismo, en razón de ello, aparece el *otro*, que permitirá al sujeto mirarse a sí mismo en el espejo y encontrar los puntos convergentes y los antagónicos. Es el principio del mundo, el entorno, lo que aprendo a ver *yo solo* y lo que deseo borrar de mi existencia. La selección del gusto, acompañada del rechazo.

Los actos atroces del *otro* nos acompañan desde que somos Historia. Los grandes desastres, también. Y una gran cantidad de ello pasa inadvertido por razón de distancia, de comunicación o de interés.

¹ Heidegger, Martin, *Arte y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

La memoria también es selectiva. Y manipulable. Todavía más hoy, en que la mayor parte de la población del mundo es guiada por los poderes mediáticos que operan, al parecer, con una misma receta.

¿La explosión devastadora del Xitle que destruyó la floreciente cultura de lo que conocemos como Cuicuilco significa algo para ti?

Había gente allí, familias que se afanaban por sembrar, irrigar, cosechar y tratar de aprender de sus mayores la sabiduría adquirida. Perecieron bajo la lava, fueron olvidados y sólo la codicia de los especuladores los ha devuelto vagamente a la memoria colectiva.

Ellos éramos entonces nosotros.

Y eso es hablar de sociedad, es decir, nos estamos anticipando, o volviendo al principio.

Sólo por amor uno reconoce al otro. Es en el momento de la entrega carnal de la pareja que se da el reconocimiento físico de lo otro, la ajenezidad de la cual somos, brevemente, parte (o ser en sí, distanciado del ego), cuando distinguimos nuestro ser de manera primaria, egoísta, fuera de sí. Se cumple de esa manera el descubrimiento elemental del desamparo originario de la especie. Nadie hubiera sobrevivido sin la protección de los demás. Los humanos son una de las formas de existencia más frágiles del sistema planetario. ¿Nos hizo eso ser más agudos y perceptivos de nuestra debilidad?

Aristóteles pensó que sí.

Y gracias a esa percepción fue que nos hicimos sociedad organizada y nos desarrollamos como entidades dominantes en el planeta y ahora, miles de años después, hemos llegado a un punto límite. La formación de estructuras de dominio absoluto, ciego e inmediatista, sobre todas las riquezas del mundo, nos arrastran ineludiblemente a la autodestrucción.

“Una noche me acosté con una muchacha, y me desperté con una mujer...”, dice Onetti en un texto. Y uno, completamente alucinado o lúcido, como gusten, vuelve a nacer, al saber que alguien pudo poner, en palabras precisas, la inmensa y desastrosa confusión que implica no saber o entender nada.

“Pleno de poderes, pero es poéticamente como el hombre habita esta tierra”, es la quinta guía que nos brinda Martin Heidegger, reproduciendo las palabras del poeta, para acabar de comprender la razón de ser de nuestra existencia, la real, como comunidades.

La relación amorosa de una pareja, aun en su exaltación más alta, es sólo un principio, tal vez la más elemental y epidérmica; esa comprensión de la necesidad instintiva de la especie por defender y cuidar uno del otro. Proveer alimento y protección a todos, niños y mujeres, enfermos o, fundamental de la sobrevivencia, preñadas; atender a los más viejos, dueños de la sabiduría milenaria y de la voz de los dioses, sean éstos el agua, la luz, el fuego o, ya como sociedades asentadas, la justa distribución de la riqueza venida del trabajo de todos que otorgue respeto, bienestar y seguridad.

El hombre ha experimentado mucho
Nombrado a muchos dioses
Desde que somos un diálogo
Y podemos oír unos de otros.

La cita completa nos permite escuchar a profundidad la propuesta del poeta, a quien se recluyó como demente y vivió así por más de veinte años.

Hagamos luego un recorrido por el juego de apariciones suscitadas, a donde nos arrastró la reflexión propiciatoria del legendario poeta alemán y su exégeta, sin saberlo tan nuestros:

Hablar es oír.
Amar es entregarme.
Perderme es encontrarme.
Ir es volver.
Siento luego vivo.
Dialogar: principio de la Historia.
Leer es volver a vivir, de distinta manera.
Nada muere, sólo se transforma.

Y todo lo demás que pueda surgir del imaginario lector. 